

RELATOS BREVES

Olga IZQUIERDO MONREAL

olagaizquierd@gmail.com

REFLEXIONES

En el momento en que comencé a comprender desistí de buscar respuestas. Comprendí que cuanto necesitara saber brotaría de mi interior como lejanas flores de iniciático fuego. No puedes buscar respuestas. No puedes buscar la magia. No puedes buscar la vida. Tan solo desnudarte. Tan solo desvestirte de todo cuanto impida respirar a tu honestidad. El camino es siempre hacia dentro. Dentro está el poema. Está el mar. Está la excitación. La melodía. El encuentro. La conciencia precisa del acontecimiento.

No hay posibilidad de alcanzar la honestidad hacia los demás si no es desde la honestidad con uno mismo. Y es una disposición dura. El mundo no la desea. Al mundo no le conviene. No le conviene a todo cuanto debemos ser para que nada deje de ser como está previsto que sea. Es una huida suicida. Ingrata. Áspera. Una valla electrificada te separa de ti. Encontrarte implica la absoluta renuncia a lo reconocible. Saltar hacia un abismo sin mundo y aceptar la absoluta pérdida para dejarte abrazar por tu verdadera humanidad. Ha sido un largo viaje...

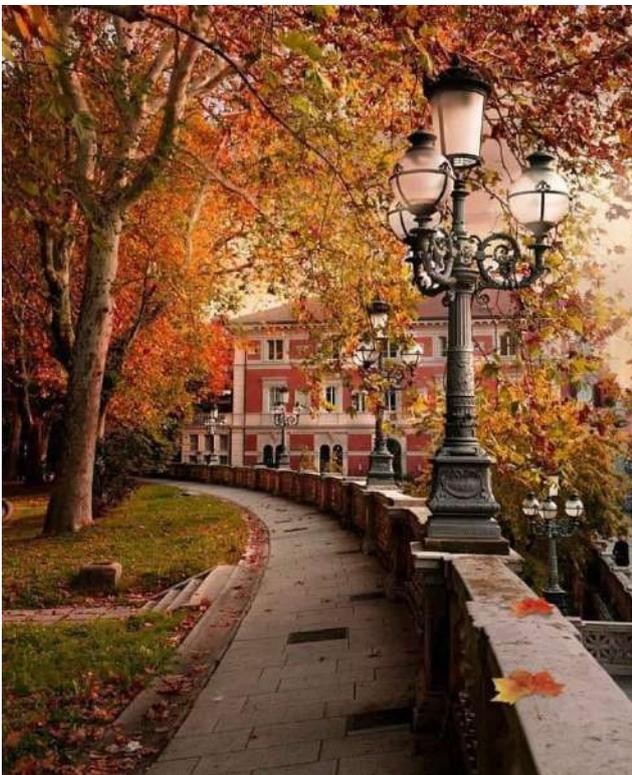
Un salto al vacío con una mochila cargada de piedras. Modelar amor con odio. El amor como paracaídas. Como equipaje. Como combustible. El amor en cada poema. En cada trago. En cada cigarrillo. En cada pérdida y encuentro. El amor como horma del movimiento y la pausa. Del sonido y el silencio. Ha sido un largo viaje. Ahora hago sonar una balada y dejo entrar la luz de media tarde por la ventana. Enciendo un cigarrillo. Bebo y la tarde se tiñe del dorado fulgor de las cosas que no hay que esforzarse por retener. Todo cuanto es, cuanto soy, está aquí. Conmigo. Estrellas se asoman a la ventana de la noche para iluminar el sueño que nunca comienza ni acaba. Del que ya no quiero, no puedo, despertar.



EL OTOÑO EN PAMPLONA

Pesa en otoño sobre las calles de Pamplona el lento atardecer del verano que no se acaba de marchar. Pesa el lento amanecer del invierno que no se acaba de desperezar. Pesa el otoño y deja caer sobre mis hombros todo lo que fue y lo que no pudo ser y lo que tal vez será. Sentada en un banco en el parque observo cómo en esta ciudad el arco iris continúa irradiando luz bajo la turbia cortina de noviembre. Saco mi libreta y comienzo a escribir esto y mis manos se quiebran y gimen como la madera de la barca del pescador de madrugada azotada por las olas. Se quiebran y gimen y escriben palabras cada vez un poco más desnudas. Un poco más hambrientas. Un poco más cansadas.

El poeta es poeta a jornada completa. También el vagabundo. Y el iluso. Y el amante. Y el borracho. Y el pervertido. Y el loco. Y el anacoreta. Y todos somos víctimas a jornada completa, en mayor o menor medida, de la estafa que algunos celebran. Otros soportan. Otros ignoran. Mientras, por el carril aledaño a los días, algunos escribimos, amamos, bebemos, soñamos. Esculpimos rosas de barro que depositar en el herrumbroso alféizar de cada nuevo amanecer. Todo cuanto esté en nuestra mano para no descabalgarnos del caballo demente de los días que se niega a dejarse amansar. Ahora, sentada en el parque la lluvia rompe contra mis manos que escriben desde el quejido mudo del otoño. Que nunca acaba de morir ni de nacer.



MI REBELIÓN

Hay tantas formas de rebeldía como seres humanos por tanto que esta es una prolongación del propio ser. Del modo en que uno mismo siente y la forma en que necesita proteger aquello que es. Y habrá, también por tanto, tantas formas de protección como de ser. La rebelión no es un acto agresivo puesto que no nace del impulso de conquistar lo que no se posee sino de conservar lo que se considera esencial e irrenunciablemente humano. Así pues, la rebeldía es un acto de defensa frente a una agresión ya sea esta vio-

lenta o no. Y, como decía, hay tantas formas de rebeldía como seres humanos.

Habrán ocasiones en las que la defensa de lo fundamental, de lo que su carencia nos privaría de algo de lo que nuestra humanidad no puede permitirse carecer, implicará, necesaria e inevitablemente, de una acción agresiva como contraposición al acto que trata de privarnos de ella. Sin embargo, la rebeldía podrá ejercerse también de forma pasiva o incluso aparentemente inexistente. De hecho, yo tengo la conciencia de vivir en un permanente estado de rebeldía. Una rebeldía que puede ser observada como indiferencia o desinterés, pero no se trata más que de la expresión con la que llevo a cabo mi rebelión.

Mi rebelión se sustenta en desoír al mundo. No como una pose diferenciadora sino como plena conciencia de la confusión que me exige. Se sustenta en observarlo tan alejado de su devenir como me sea posible porque solo así puedo comprenderlo. Mi rebelión se sustenta en el eco que calmo resuena en la bóveda que cubre el arroyo de mi entendimiento. En atravesar los días con mi pensamiento anudado a mi emoción y a mi víscera y a mis dedos sobre el teclado. Mi rebelión es todo lo que digo y lo que no hago. Mi rebelión es conocerme y respetarme y tratar de no abandonarme. Es la profunda lealtad hacia el niño que con los pies descalzos aún desconoce la agresión de los días que pretenden indicarle a qué jugar, hacia dónde caminar. Mi rebelión es una avenida donde los animales se saltan los semáforos en rojo. 

